



Ramón Acín y la renovación pedagógica



Carboneros, 1935. Plancha xilográfica. 70 x 110 mm

Plancha realizada por un alumno de la escuela de Plasencia del Monte (Huesca), cuyo maestro era Simeón Omella. Esta plancha forma parte del legado de Ramón Acín, actualmente en el Museo de Huesca.

Abajo, la plancha estampada y publicada por Acín en El Diario de Huesca el 21 de julio de 1935 (ver artículo)



Una de las grandes convicciones de Ramón Acín era el papel imprescindible de la educación en la construcción de una sociedad mejor.

Por ello consideraba nefasta la educación impartida en las escuelas y colegios de aquellos años. La escuela oscurantista, discriminadora, memorística y cruel en sus injustos correctivos era el polo opuesto de la aspiración por una educación iluminadora, integradora, capaz de imprimir un espíritu cultivado y libre mediante la exposición razonada y cercana al alumno y en la que primara el contacto directo con las materias estudiadas.

Y por ello abraza con entusiasmo las novedosas técnicas del francés Célestin Freinet que le transmite, en 1932, su amigo Herminio Almendros y que tan buen resultado van a obtener en las manos de otro colega comprometido con la renovación pedagógica, Simeón Omella, maestro en el municipio oscense de Plasencia del Monte. Acín aplaudirá la implantación de la imprenta en la escuela como motor educativo eficaz y creativo. En 1935 se celebra en Huesca el II Congreso de la Técnica de la Imprenta en la Escuela.

El artículo que a continuación transcribimos fue publicado en *El Diario de Huesca* el día 21 de julio de 1935 y en él Acín se hace eco de ese evento y de esas experiencias:

Un Congreso y unos congresistas

Aquí en nuestra ciudad, al igual que hace unos veinte años un grupo, en su mayoría catalanes, vinieron a celebrar el II Congreso de Historia de la Corona de Aragón, ha llegado un grupo, también en su mayoría catalanes, para celebrar el II Congreso de la Técnica de la Imprenta en la Escuela.

Y así como aquellos congresistas pasearon a toda pompa por la ciudad las cenizas de Alfonso el Batallador, quizás no estuviese ahora del todo mal pasear por la ciudad las cenizas de Larumbe, primer impresor de la ciudad.

Porque, ¡oh, paradoja de la civilización! estas máquinas de imprimir que trae esta gente con tanta algarazara y que recibimos todos con tanta algarabía, tienen la misma sencillez y son tan por igual ingenuas y calmosas —en estos tiempos de las trafagosas rotativas— como el tórculo de la primera imprenta que el citado impresor Larumbe estableció aneja a nuestra añeja Universidad.

Y en verdad que estos trabajos de niños salidos de estas máquinas como de juguete, tienen un poco la emoción de los incunables.

Y este Freinet, creador y animador de la imprenta escolar, tiene un mucho como de reencarnación del Gutemberg de cinco siglos atrás.

(Freinet es Mahoma en esto de la imprenta escolar, y Almendros, capitán de esta expedición, es su profeta aquí en España.)

Signo de los tiempos esta paradoja imprenteril, pareja a la moda de los baños de sol, en que las gentes parecen como enterados por primera vez del astro famoso que punto menos que desapercibido llevaba miles de siglos dando vueltas en nuestro derredor con el ligero paréntesis de Josué allá en Gabaón.

Un día llegará también, en que los hombres, plenamente civilizados, prendan fuego a las pretenciosas y grandes fábricas de harinas, escamoteadoras de vitaminas, para establecer en nuestras propias casas pequeños molinos de piedra como de juguete también, que, movidos por el salto minúsculo de un grifo, nos proporcione el moreno y sustancioso pan de pueblo.

Y en las escuelas, esas escuelas con imprentilla a lo Freinet, sin libros de texto, caros y pretenciosos, donde se dibujará en las paredes como antes en las cuevas y se contará con piedrecitas y se intuirá en los deditos el sistema decimal; en esas escuelas, cuando las gentes todas se desplacen en aviones a quinientos por hora, se dará como premio a la aplicación las viejas cometas fabricadas con dos palmos de percalina y cuatro cañas; dos cañas en forma de aspa y dos en forma de cruz.

Porque la civilización es una complejidad al servicio de una simplificación.

Decía Francisco Giner que nunca se había podido explicar cómo siendo los niños tan inteligentes son los hombres tan necios.

Ante estos maestros congresistas y los métodos de estos maestros, he llegado a concebir alguna esperanza de que algún día la inteligencia de los niños no tenga que perderse por caminos de necedad; día llegará, en que no se juzgue el valer de un niño por h más o menos, por una coma en decimales, a la altura del último tendero en ocho días de práctica o por un pretérito pluscuamperfecto que toda la gente de alto saber ha tenido pronto el buen gusto de olvidar.

UN CONGRESO Y UNOS CONGRESISTAS

Por RAMON ACIN.

Aquí en nuestra ciudad, el igual que hace unos veinte años un grupo, en su mayoría catalanes, vinieron a celebrar el II Congreso de Historia de la Corona de Aragón, ha llegado un grupo, también en su mayoría catalanes, para celebrar el II Congreso de la Técnica de la Imprenta en la Escuela.

Y así como aquellos congresistas pasearon a toda pompa por la ciudad las cenizas de Alfonso el Batallador, quizás no estuviere ahora del todo mal pasear por la ciudad las cenizas de Larumbe, primer impresor de la ciudad.

Porque, ¡oh, paradoja de la civilización!, estas máquinas de imprimir que trae esta gente con tanta algarabía y que recibimos todos con tanta algarabía, tienen la misma sencillez y son tan por igual ingenuas y calmosas—en estos tiempos de las tragafantas rotativas—como el círculo de la primera imprenta que el citado



«CARBONEROS».—Cliché grabado por un niño de la escuela de Plasencia del Monte

impresor Larumbe estableció aneja a nuestra añeja Universidad. Y en verdad que estos trabajos de niños salidos de estas máquinas como de juguete, tienen un poco la emoción de los incunables.

Y este Freinet, creador y animador de la imprenta escolar, tiene un mucho como de reencarnación del Gutenberg de cinco siglos atrás.

(Freinet es Mahoma en esto de la imprenta escolar, y Almen-
dros, capitán de esta expedición, es su profeta aquí en España.)

Signo de los tiempos esta paradoja imprenteril, pareja a la moda de los baños de sol, en que las gentes parecen como enterados por primera vez del astro famoso que punto menos que desapercibido llevaba miles de siglos dando vueltas en nuestro derredor con el ligero paréntesis de Josué allá en Gabaón.

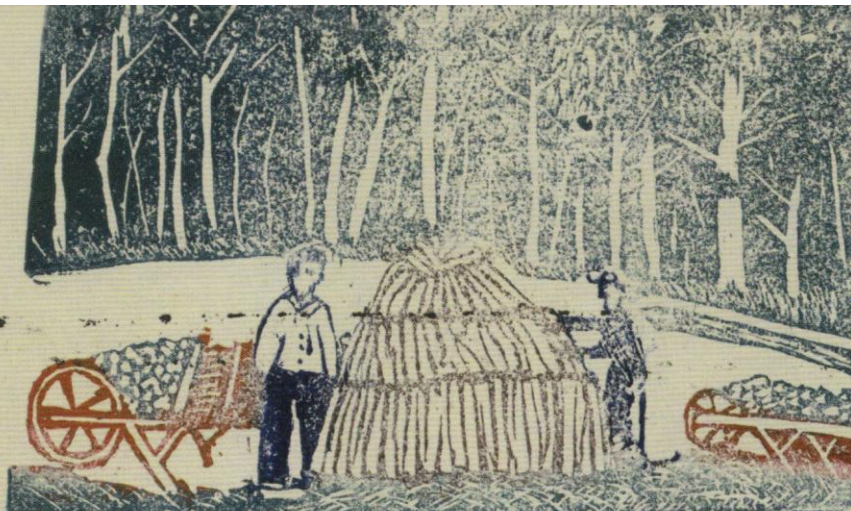
Un día llegará también, en que los hombres, plenamente civilizados, prendan fuego a las pretenciosas y grandes fábricas de harinas, escamoteadoras de vitaminas, para establecer en nuestras propias casas pequeños molinos de piedra como de juguete también, que, movidos por el salto minúsculo de un grifo, nos proporcione el moreno y sustancioso pan de pueblo.

Y en las escuelas, esas escuelas con imprentilla a lo Freinet, sin libros de texto, caros y pretenciosos, donde se dibujará en las paredes como antes en las cuevas y se contará con piedrecitas y se intuirá en los deditos el sistema decimal; en esas escuelas, cuando las gentes todas se desplacen en aviones a quinientos por hora, se dará como premio a la aplicación las viejas cometas fabricadas con dos palmos de percalina y cuatro cañas; dos cañas en forma de aspa y dos en forma de cruz.

Porque la civilización es una complejidad al servicio de una simplificación.

Decía Francisco Giner que nunca se había podido explicar cómo siendo los niños tan inteligentes son los hombres tan necios.

Ante estos maestros congresistas y los métodos de estos maestros, he llegado a concebir alguna esperanza de que algún día la inteligencia de los niños no tenga que perderse por caminos de necedad; día llegará, en que no se juzgue el valer de un niño por h más o menos, por una coma en decimales, a la altura del último tendero en ocho días de práctica o por un pretérito pluscuamperfecto que toda la gente de alto saber ha tenido pronto el buen gusto de olvidar.



EN OTROS TIEMPOS.

Hace algunos años se formaban cuadrillas de segadores que en este tiempo iban a la Montaña a segar, después de tener irar en estos pueblos de la llanura de Huesca.

Abundaba el tejón que es muy torpe. Mi padre gozaba encorriéndolos

Los tejones ponían la cabeza entre las pajas y se echaban a rodar por las laderas. Nunca podía alcanzar a ninguno.

Se trata de un animal que hace cados.

Una vez segando, segando, se encontraron con medio campo destrozado. Al día siguiente se llevaron su escopeta y un perro. Encontraron tejones abundantes, apuntaban... paf... el tejón aun daba más vueltas. Total: ni uno.

Antonio García — 9 años